

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 327

Barcelona, 25 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

NADIE

con sentimientos
de artista

puede ni debe ser neutral
en nuestra guerra.

Un telegrama de
Picasso al Congreso
de Artistas
de Nueva York

Indalecio Prieto habla de la conquista de Teruel

«Ningún ejército del mundo hubiera luchado en las condiciones en que lo ha hecho el Ejército de la República»

París, 23.—Uno de los representantes de la Agencia Havas en el frente republicano español de Levante, transmite las siguientes declaraciones que le ha hecho el ministro de la Defensa Nacional, don Indalecio Prieto:

«La impresión más profunda experimentada por mí a lo largo de esta cruentísima guerra, me la causaron ayer los miles de hombres, mujeres y niños que salían de Teruel por la carretera de Sagunto. Aquella riada humana encogía el corazón, ahogando el júbilo por la victoria. El trágico silencio de la noche parecía un desfile fantasmal, lo rompían angustiosos sollozos femeninos y vocecitas de niños que clamaban por sus madres.

El espectáculo me sirvió para evocar el inmenso cortejo de dolor que lleva consigo la guerra; al contemplarlo, mi conciencia se sintió tranquila, por ser ajeno a toda la responsabilidad en el desencadenamiento de la tremenda catástrofe que sufre España.

Previéndola a tiempo, hice cuanto me fué posible para evitarla, estrellándome en la ceguera de quienes no creían en ella. Y cuando surgió, asumí funciones directivas en defensa de la independencia de mi patria, de las libertades del pueblo español y, quién sabe si también, de las de Europa entera.

Si yo hubiese sido uno de los provocadores de la guerra, aunque llegase a paladear las mieles del triunfo final, me aplastarían el alma las responsabilidades de haber ocasionado una catástrofe que dejará en España larga estela de dolor y de ruina. A quienes iniciaron la sublevación de julio de 1936, jamás les eximiré la Historia de tan monstruoso crimen.

Las operaciones de Teruel han sido las de más perfecta ejecución entre cuantas llevamos realizadas, y ello se debe, sin duda, al mejor estado de nuestro Ejército, por su mayor disciplina y su mejor instrucción, que contribuye a aumentar la eficiencia de un soldado de condiciones magníficas. Los primeros días del ataque, de nieve intensa y viento helado, fueron terribles. Creo que ninguna tropa del mundo hubiese podido luchar en semejantes condiciones. En el observatorio desde donde yo contemplaba el avance, no podía permanecer más de dos minutos al aire libre, porque la ventisca lo impedía. Allí nos llegó la noticia de que algunos soldados habían muerto de frío.

El éxito de nuestras armas habrá sacado de su error a muchos que en el extranjero habían extendido ya la papeleta de defunción a la República Española, suponiendo a su ejército incapaz de toda acción provechosa, porque así lo proclamaba la propaganda fascista — que hace mella —, en la simplicidad de la cual, por lo visto, no están exentas amplias zonas de la política europea.

Las operaciones, bien concebidas, dirigidas y ejecutadas, revelan la existencia de una excelentísima dirección técnica en el Ejército de la República, pero evidencia aún con mayor claridad que contamos con soldados maravillosos, cuya fortaleza se centuplica por su fe en el ideal. El Ejército republicano español está actuando ahora de tropa de choque de la democracia europea, la cual, en vez de pagar con desvío sus sangrientos sacrificios, debe rendirle acatamiento de admiración y prestarle el auxilio que hasta el presente le viene negando.» — Fabra.

Teruel festeja la entrada de las tropas republicanas victoriosas

En Barcelona y Valencia reina también inmensa alegría

Teruel ha sido conquistado. El Gobierno español pudo ya el martes anunciarlo así oficialmente. Tal es el resultado del asalto fulminante emprendido hace seis días contra una de las más fuertes posiciones de los rebeldes, en el sector central del frente.

Tan grande como el asombro del ejército del fascismo internacional, ha sido el de sus cómplices y sus aliados en Francia. Los escépticos y los desertores vergonzantes de la causa de la democracia están deslumbrados.

La República de España, su pueblo unido, sus soldados, sus generales y los obreros de sus talleres de guerra, dan al mundo el ejemplo victorioso de su fuerza.

Se comenzó por romper las comunicaciones del adversario. Luego, con la coordinación sabia de los diversos elementos: artillería, aviones, infantería, caballería, unidades motorizadas, proyectores, etc., se emprendió la acción en el momento preciso. El avance fué metódico, inexorable. Tomáronse las posiciones-clave y, por último, la ciudad. Objetivo fijado, alcanzado y conquistado. Esta ofensiva fulgurante sólo pudo ser concebida por un Estado Mayor de alta capacidad.

Los rebeldes que podían alabarse de ser una falange de estrategas, han hallado ahora sus maestros! La nación, alzándose, creó en medio de los peligros,

como la Francia de la Convención, su mando militar a la vez que su mando civil organizador y guía de la victoria.

Este plan solamente podía ejecutarlo un ejército grande, cuyo heroísmo y fe democrática multiplica en potencia por medio de la cohesión de disciplina.

En medio de los sufrimientos y de las privaciones que le impone el bloqueo del odio y de la cobardía, el pueblo de España forjó sus armas y vigorizó su alma. ¡Qué bofetón de esta victoria para aquellos que conspiran por lograr la servidumbre de las naciones libres, y para los que negaron al gobierno legal, víctima de la sedición y de la in-

Pablo Picasso ha dirigido al Congreso de Artistas Americanos que se celebra en Nueva York, el siguiente telegrama: «Siento no poder dirigir la palabra al Congreso de Artistas Americanos, como era mi deseo, para decirles, como director del Museo del Prado, que el Gobierno Democrático de la República ha tomado todas las medidas necesarias para que en esta guerra injusta y cruel no sufra deterioro alguno el tesoro artístico de España, el cual se encuentra ya a salvo.

«Quiero decir, por otra parte, cómo pienso y he pensado que nadie con sentimientos de artista ni puede ni debe permanecer neutral en un conflicto en el que se juega el último de sus baluartes.

«Seguro de nuestro triunfo, me complazco en enviar un saludo a la democracia americana y a los artistas del Congreso.»

La opinión de un sacerdote

«Cuando leo que Franco oyó misa después de la «toma de Bilbao», siento que algo se rebela en mis entrañas.

«Cuando obispos y arzobispos, cuando el clero bendice el material bélico y recomienda el aislamiento de los soldados, no puedo menos de exteriorizar mi protesta.

«Cuando me enteró de que se cantó el «Aleluya» y el «No me abandones» en una revista militar, no me es posible dejar de ver en esto algo que es un verdadero sacrilegio.

«¿No es para creer que el mejor medio de evitar las guerras sería cesar en la producción de armas y municiones?»

Reverendo Sam. Rowley, Misión Central de King's Cross, («España Nueva», 6-XI-1937.)

vasión, la ayuda mutua jurada y hasta la ayuda más elemental!

¿Qué dicen ahora los que contemplaban el abandono de la República hermana a su suerte — como abandonaron a Abisinia — so pretexto de que España no era lo bastante fuerte y que retirarse haciendo reverencias al agresor, cada día más insolente, era el medio de salvaguardar la paz?

¿Qué orgullosos nos sentimos de los héroes de España, nosotros, los comunistas franceses, que jamás olvidamos el deber de solidaridad, porque sentíamos que en él estaba el espíritu y el interés de nuestro propio destino!

¡Los republicanos han entrado en Teruel!

La seguridad de las democracias y la libertad de los pueblos se apuntan un tanto.

Parece que por este mismo golpe se afloja un poco el nudo que rodeaba a Francia.

La ayuda a España es el único camino de salvaguardia general de paz asegurada.

¡Los republicanos han entrado en Teruel!

Que su hazaña suma en el remordimiento a aquellos que fueron causa de tantas dificultades, traicionando la misión histórica de Francia. Que la victoria de Teruel impulse, además, no a una intervención militar, pero sí a la apertura de la frontera, al aprovisionamiento en medios de defensa de España, campeón de la libertad universal.

¡Que se prohíba toda ayuda a Franco, el vencido de Teruel, acelerando así su derrota, la de Hitler y la de Mussolini!

En este momento corren hacia

la frontera los camiones del Socorro popular de Francia cargados de víveres.

Ellos atestiguan el esfuerzo de solidaridad del pueblo francés, un esfuerzo que hay que centuplicar de ahora en adelante y que obtiene su recompensa en el heroísmo.

En estos momentos, nosotros nos sentimos orgullosos, sí, orgullosos de haber proclamado sin debilidad, en lucha contra la calumnia y la ceguera, el deber de ayudar a la España republicana y de haberlo cumplido.

¡Vivan los vencedores de Teruel!

¡Solidaridad de todos! ¡Apertura de la frontera!

P. L. DAZNAR
(«L'Humanité», 23-XII-1937.)

Un concierto benéfico de Pablo Casals

París, 22. — El célebre músico Pablo Casals ha dado en la Sala Pleyel un concierto cuyos ingresos se destinarán a la adquisición de prendas de abrigo para los combatientes españoles. El festival ha sido organizado por la Embajada de España en París y por el Comité catalán de la Exposición Internacional.

Asistió un gran número de personalidades del mundo diplomático, artístico e intelectual. Estaban presentes el ministro de España; el Sr. Carner; el ministro de Instrucción Pública francés, M. Zay; el del Aire, M. Cot; el presidente de la Cámara, M. Herriot; los embajadores de Inglaterra, Francia, Suecia, Suiza, Checoslovaquia, Holanda, Dinamarca y otros.

Los regímenes totalitarios y el cristianismo

Sin duda, se habrá leído con emoción en estas mismas columnas el bello artículo de Mlle. Hélène Burniaux, en respuesta a una comunicante fascista, la cual era el eco fiel de cierto círculo en los que reina una admiración sin límites hacia los Estados totalitarios.

Los amigos de éstos sólo encuentran excusas para sus fechorías. Con frecuencia emplean esta frase desvergonzada: «No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos». En cambio, esas mismas gentes se muestran despiadadas para con los regímenes democráticos que defienden el imperio de la libertad.

La comunicante de mi colega expresa su admiración por los hombres de Estado que «en estos momentos salvan la civilización cristiana y occidental».

Mlle. Hélène Burniaux pregunta, con mucha razón, de qué cristianismo se trata: si del cristianismo político o del cristianismo verdaderamente religioso y moral.

En efecto, la triste historia de los pueblos demuestra que existen estas dos clases de cristiandad.

Basta leer el repugnante relato que de sus hazañas de aviador hizo el hijo de Mussolini, para convencerse de la clase de guerra cristiana que practica.

Su padre ha tomado a encargo la protección de la Iglesia. Fomenta la enseñanza católica en las escuelas italianas, en las que, además, se recomienda a los alumnos el libro que contiene el relato aludido. Con ello ha conseguido Mussolini que se le llame defensor de la cristiandad occidental. Franco, que hace llover bombas hasta sobre las más pobres aldeas españolas y provoca la matanza de mujeres y niños, es un defensor del mismo calibre. Los más altos dignatarios de la Iglesia se agrupan en derredor suyo y hasta ahora el soberano pontífice no ha encontrado una palabra de condenación para esos abominables medios de guerra que ni siquiera tienen la excusa de responder a una necesidad militar.

Bastaría, sin embargo, con una palabra que saliera de labios del papa para que se evitara a la humanidad la vergüenza de tales crímenes.

El, que es el jefe no sólo de la cristiandad occidental, sino también de la cristiandad llamada universal —que es lo que significa la voz catolicismo—, no ha pronunciado nunca esa palabra.

La distinción entre la moral política y la moral corriente está también establecida en Alemania. El hitlerismo tiene su teórico, que coloca por encima del cristianismo a una especie de paganismo para uso exclusivo de la raza germánica, cosa que no provoca la protesta ni siquiera de los millones de católicos que viven en el país.

Ese teórico es Alfred Rosenberg. También él establece distinguos entre «los cristianismos».

A su modo de ver, hay «cristianismo negativo» y «cristianismo positivo».

El primero se funda en dogmas abstractos y en antiguas costumbres sagradas.

En el libro de Rosenberg «El mito del siglo XX», puede leerse que, junto a este concepto ya caduco, existe el cristianismo que se dirige a las fuerzas de la sangre de una raza privilegiada, escogida por Dios entre todas las razas de la tierra.

A la religión cristiana, tal como hasta ahora la comprenden los católicos y las múltiples sectas protestantes, le reprocha el oponer al «amor» y a la «caridad» lo que él llama el «honor» nórdico. De donde

saca esta conclusión: «Desde el momento en que predomina el amor y la compasión, comienza la disolución de las razas y pueblos y la de la cultura.»

Doctrina odiosa que justifica la más cruel insensibilidad de corazón y las abominaciones de los jefes de los estados totalitarios.

¿Cuál será, a ese respecto, la opinión de la condesa fascista autora de la carta publicada, y qué pensará de esta manera de defender a la cristiandad occidental, a la cual no ha repudiado nunca el *führer*?

En nombre de esos principios se persigue a los judíos, se les destierra y se llega hasta a prohibir que se les vendan artículos alimenticios.

Hasta se les reserva para sentarse bancos pintados de amarillo, en ciertos paseos.

No hay compasión cuando no es pura sangre aria la que corre por las venas de los habitantes de esta nación.

Diríase que ha enloquecido todo un pueblo.

Todavía no se sabe que Mussolini, a pesar de su contacto tan estrecho con Alemania y con las personalidades más representativas de ese régimen racial, haya adoptado el mismo género de cristianismo. Pero obra y habla como si así lo hubiera hecho.

Sea como sea, hace poco estableció claramente la diferencia entre cristianismo político y cristianismo religioso cuando, respondiendo a un admirable y humano discurso de Roosevelt, escribió en el «Popolo d'Italia»: «Los gritos de mujerzuelas y los sermones de arzobispos nos hacen reír.»

Pero, ¿esos arzobispos no representan también la civilización cristiana y occidental?

Tal vez, según Mussolini, Roosevelt sólo represente la cristiandad americana, es decir, otra clase de cristiandad, sin duda.

Y se ve a Hitler y Mussolini pactar con el Japón, culpable de atrocidades del mismo género que las que a diario se cometen en España, a las cuales Bruno Mussolini, hijo del dictador, se jacta de haber recurrido en Abisinia como si se tratase de una diversión.

Esto es odioso, pero lógico. ¿Queremos censurar esos actos y esas teorías y exaltar el espíritu democrático, como lo hizo el presidente Roosevelt, es demostrar sentimientos de mujerzuela!

Pues bien, es un honor para las mujeres que tienen el corazón en su sitio el mostrarse en este punto «mujerzuelas», como también para los hombres es un honor el querer asemejarse a esas mujerzuelas cuando se indignan contra las ignominiosas prácticas que se tratan de justificar con tanto impudor como cinismo, invocando los intereses del Estado y hasta el puro concepto del cristianismo.

Pero no será el concepto de un Mussolini, de un Hitler o de un Rosenberg el que prevalezca.

LOUISE COENS
(«Le Soir», Bruselas, 21-XII-37.)

Las informaciones que publica este **DIARIO** responden siempre a la veracidad más estricta

EL PUBLICANO Y EL BERNABITA

El cristiano y el pagano, que tanto se habían combatido dialécticamente, sentimental e históricamente, tenían en esencia un mismo y magnánimo corazón, que es lo que importa más; por eso se entendieron tácitamente en las horas desventuradas de sus vidas.

«... el poeta no renuncia a nada ni pretende degradar ninguna apariencia.»

A. MACHADO

La tormenta revolucionaria lanzó a los dos violentamente a la intemperie del arroyo. Al uno, le arrojó de su convento, donde vivía en paz, meramente entregado a sus devociones; al otro, de sus delicadas comodidades, de sus negocios y placeres. Y los dos, arribados al pavés de la miseria desde lugares del mundo tan distintos y antitéticos, se encontraron al azar y trabaron amistad de corazón en la «cola» clamorosa y resignada de una panadería, allá por los tiempos del Terror de Robespierre. Venían ambos, y es lo que en cierto modo tenían de común, del *ancien régime*, de la antigua sociedad monárquico-feudal de Francia desbaratada por la Gran Revolución, aunque no del todo aniquilada, porque nada puede aniquilarse del todo por la violencia en la sociedad de los hombres; representando entrambos además cabalmente fuerzas sociales y espirituales, activas y antiquísimas, de esas que brotan, como de fuente perenne, irrefragable y sin data, del corazón del hombre.

El publicano, pues, metido en negocios con el Estado andaba cuando sonó sobre su cabeza el trueno gordo de la Revolución, nuestro amigo Brotteaux, representaba indudablemente una fuerza corrosiva y revolucionaria frente al pobre y cándido religioso de la orden de San Bernabé, el R. P. Luis de Longuemare, pues en otros tiempos—en aquellos tiempos en los que, según Talleyrand, se sentía verdaderamente la delicia del vivir—había frecuentado con asiduidad la tertulia y el comedor del famoso Barón de Holbach, cuyos dorados sillones, al decir del mismo Brotteaux, «servían de fundamento a la filosofía natural».

Era, pues, discípulo de aquellos filósofos que, sin saber ni querer, por la misma fuerza del pensamiento abstracto y de sus pasiones polémicas, sin dudo por la dialéctica misteriosa de la historia misma, habían removido la tierra de la dulce Francia y vertido en sus oscuros entresijos a manos llenas la simiente ideológica que sirvió de base y fundamento ideal a la Gran Revolución.

Ahora Brotteaux, el epicúreo, el publicano, el aristócrata de nuevo cuño—en realidad, un finísimo representante de aquella burguesía culta e inventiva que iba a triunfar sobre la cresta de la Revolución—, arruinado, reducido a la miseria, fabricante y traficante callejero de fanchos para entretener a los niños, se encontraba al azar en la «cola del pan» con la fuerza conservadora de la religión, que mantenía firme, solapada o heroicamente, sus fueros y sus doctrinas en medio de la tormenta, representada en este caso en la mansísima e insignificante persona del R. P. Longuemare, cristiano auténtico y sin falsía, hombre de fe robusta e inquebrantable, si los ha habido. Leía Brotteaux, mientras le llegaba el turno de recibir su cotidiana ración de pan, el poema de Lucrecio, en cuyos versos nobles hallaba consolación a su desventura, distraiéndose de vez en cuando de la grandeza de la poesía y del tedio trágico de la vida en contemplar la «nuca dorada» de su vecina y antecesora en la «cola», una linda y alborotada damisela rubia, cuya fresca fragancia carnal absorbía él con delicia, ni más ni menos que en sus áureos y ya remotos tiempos de filósofo racionalista de salón el de las cendolillas de la Opera que frecuentaba. «El ciudadano Brotteaux—escribe su cronista Anatole France—pensaba que la vida tiene por objeto la rebusca del goce, y suponía que la inteligencia y los sentidos, únicos jueces a falta de los dioses, no conciben otra finalidad». Tal era su profesión de fe—fe también robusta y no menos inquebrantable que la del bernabita, pues los dos van injusta y arbitrariamente camino de la guillotina, cuando les llegó la hora, y mueren, sin que sufran en tal trance el más leve menoscabo ninguna de sus respectivas fes. Acompañale al publicano epicúreo, en todos los trances de su vida, el poema de Lucrecio sobre la Naturaleza, su Evangelio de descreído; el religioso no lleva consigo más libros que los de su memoria, sus recuerdos; a ellos recurre; y como, para él, por encima de todo está su Dios, no sufre en realidad tanto como el son-

riente epicúreo (a quien la procesión le va por dentro por la triste condición a que se ve reducido, pues hizo todos los votos, y la humildad y pobreza consustanciales con su índole natural; y todas las desdichas y sufrimientos no son—según su creencia—nada comparados con los de Aquél que dió el ejemplo redimiendo por su dolor y su muerte a todos los pecadores. Cuando el publicano y el bernabita montan en la carreta de la muerte, que ha de llevarlos a la guillotina, estos dos espíritus antitéticos se habían ya entendido, ya que no por la razón, al menos por comunión de dolor y de destino en la vida; por las efusiones del corazón generoso ante las desdichas de la vida del hombre. El cristiano y el pagano, que tanto se habían combatido dialécticamente, sentimental e históricamente, tenían en esencia un mismo y magnánimo corazón; que es lo que importa más; por eso se entendieron tácitamente en las horas desventuradas de sus vidas. «Caballero—ya sobre la carreta y los dos amarrados, dice el bernabita al publicano—, voy a pedirte un favor. Aunque todavía no creáis en Dios, rogad por mí. Posible es que vuestras virtudes os acojan más a El y sean más eficaces que mis buenos propósitos. Un instante, una palabra, fijan la eternidad. Para convertiros en criatura privilegiada, prefiero por el Señor, os basta un segundo. Caballero, rogad por mí.» Estas fueron las últimas palabras del R. P. Longuemare, que no tuvo más que una vanidad en este mundo: la de no permitir sin protesta que le tomaran por capuchino. Brotteaux, como no podía en aquel trance leer en su Lucrecio, pues estaba amarrado, recitaba los versos del poema: *Sic ubi morerimur...* «Y el viejo especulador—dice su biógrafo—tan amante de bellezas delicadas con los ojos puestos en el delicioso cuello de la hembra núbil y hermosa (que junto a él iba en la carreta hacia el suplicio), lamentó que palideciese la luz del día...» Su fe en la doctrina de Lucrecio no abatió velas ni siquiera en el umbral del misterio que todavía nadie ha descifrado.

Y esto de bueno tiene el arte y también los grandes artistas: la omnicomprensión de lo humano y acaso también de lo divino. Algo de dios, o al menos de demiurgo, tiene el gran artista. Contempla el gran teatro del mundo, la historia, los afanes y las luchas de los hombres, la alternación de sus venganzas e injusticias, no ya con indiferencia, que eso revelaría pervisión de ánimo, sino con magno entendimiento, con la serenidad y espíritu piadoso del que está por intuición en el trágico secreto de las cosas. Cata el tal los hombres y los sucesos de la vida y de la historia, no por lo exterior, por el paramento, por las engañosas apariencias de que se revisten a los ojos del vulgo, las cuales tantas veces los dividen y enemistan, sino en las honduras, inasequibles para quien no tuviera su mirada de lince, donde todo se fragua. Una poderosa y terrible conmoción social, una guerra, una revolución, al desmontar por la fuerza el tabladillo histórico que permitía vivir a los hombres en paz, aunque muy relativa y precaria, ha de ser forzosamente para el artista ejemplo de variadas y grandes experiencias; es como un espectáculo pavorosamente aleccionador que los dioses ponen ante sus ojos. Y es, además, en esos momentos terribles, cuando el hombre con toda su miseria y grandeza se presenta ante él más y mejor desnudo. No es extraño, pues, que los artistas acudan a pintar esos momentos. Los partidarios o partidistas, los banderizos de cualquier bandería, no suelen ser los que mejor atinan y pueden pintarlos. Son mejor y más cabales para tal trance aquellos de corazón magnánimo y desinteresado, aunque a veces tomen apariencias de impasibilidad, en el cual caben con su dolor y su verdad todas las variedades del hombre y todos los sucesos de su historia. De ahí resulta que los grandes artistas creadores sean espíritus de grandísima virtud de tolerancia, por donde, en presencia de la vida histórica, su corazón bade al unísono lo mismo—V. G.—con el jacobino Gamelin, que dice que «la única salvación de la Patria está en la guillotina», y practica a conciencia su convicción en el Tribunal Revolucionario; que con la linda y candorosa hetaira, cuyo corazón tal vez probó por primera vez la condición de la bondad humana al acercarse a Brotteaux; que con ese modelo de empedernidos epicúreos, antípoda del fanático, cuya generosidad de espíritu y corazón, cuya grandeza de ánimo a la antigua, sabe velarse discretamente y obstinadamente con manto de elegantísima ironía, y para quien las doctrinas del jacobino «eran de un fanatismo excesivo y las del religioso (las del fraile bernabita) de una excesiva simplicidad».

Sí, el gran artista es maestro de tolerancia... a veces a pesar de sí mismo; y por eso su voz no clama nunca en el desierto, aunque en las horas en que la historia se hace o modela por huracanes de pasión no parezca ser escuchada. Pero el gran artista no cuenta por instantes; cuenta por siglos.

JUAN DE LA ENCINA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

EL CULTIVO DEL "BLUFF"

El pretendido bloqueo faccioso de nuestras costas es un mito

Una nota del Ministerio de Defensa

El Ministerio de Defensa Nacional ha facilitado la siguiente nota:

«Como fácilmente puede comprobarse, la calificación de mito que se dió en notas anteriores al pretendido bloqueo faccioso de nuestras costas, no ha podido ser más apropiada.

La navegación no ha sido obstaculizada en lo más mínimo, en lo que se refiere a la intervención de buques de superficie rebeldes, y en cuanto a la pretendida amenaza del bloqueo de minas submarinas, no pasa de ser una simple idea de una imaginación calenturienta.

Nuestro servicio de rastreo de minas, implantado mucho tiempo a lo largo de la costa y en accesos a nuestros puertos, funciona con tal regularidad y prác-

tica, que garantiza por completo la supresión de dicho riesgo.

Los rebeldes, de una forma esporádica, amparándose en las sombras de la noche, podrían intentar el fondeo de algunas minas aisladas, las cuales como ya ha ocurrido, serían rastreadas en hora oportuna y pasarían a engrosar nuestro stock de dicha arma submarina.

Razones de la más elemental prudencia y discreción impiden dar a conocer la organización del servicio de referencia que, entre sus múltiples cualidades, cuenta con la práctica adquirida en los muchos meses que lleva de funcionamiento y que ha permitido, como antes decíamos, la garantía de la navegación en nuestras aguas territoriales.»

NOTAS

La desconceptuación del caudillo

Quiénes pretendan conocer la temperatura de la España rebelde no deberán aceptar las cifras que de la misma le ofrecen los periódicos que se inspiran en la política de Salamanca. Una literatura ossiánica trata, por todos los medios a su alcance, de abultar los valores «nacionalistas» para que circulen sin demasiados tropiezos. No puede, pues, sorprender que abunden los falsos retratos psicológicos y profesionales de Franco. Según sus Ludwig y Zweig de cámara, el mundo se encuentra ante una nueva revelación. Concreta Franco las audacias de un general glorioso con las previsiones de un estadista de planta noble. En la historia, tan gruesa y compacta, los biógrafos no le descubren paralelo. Esta exaltación de Franco mereció, meses atrás, una acogida casi unánime. Las clases medias españolas de la zona invadida se suscribieron al entusiasmo de los apologistas del general por un impulso de la necesidad. Había que poner la esperanza en algo y en alguien. ¿Por qué negarse a creer que España, fecunda otros días en hombres de talla universal, hubiese hecho el descubrimiento de una personalidad ingente, capaz de imponer con la espada una luminosa creación de su cabeza? Después de todo, no se alcanzan las insignias de general tan joven, sin alguna razón poderosa. Franco, al decir de los periódicos, era el hombre cabal que las clases conservadoras estaban esperando hace años. «Su espada—como la de la Doncella de Orleans salvó a Francia—salvará a España.» La nueva fe fué aceptada en firme. Los encargados de alimentarla tomaron de aquí y de allá, en traducciones y remedios infelices, todos los rótulos que servirían para popularizar al caudillo. Conjugaron todos los recursos publicitarios y, en compensación, como elemento indispensable, pusieron un poco de misterio en torno al héroe de su creación, de suerte que lo publicado en cuanto a sus méritos pudiese ser pujado por cada cual a su gusto y medida. Sobre la ingenuidad de una masa de creyentes, el misterio actúa de una manera infalible. ¡Lástima que el caudillo no respondiese morfológicamente al concepto clásico que de un caudillo tiene formado el español! La talla desmedrada y las formas redondas, más femeninas que masculinas, veían a estorbar lo que, sin esas mermas, hubiese sido una apasionada popularidad. El carlista corpulento de la Navarra tradicional no encontró de su gusto al caudillo. Educado en la devoción por Zumalacárregui, en el empuje y recio, vió en Mola, por lo físico, su continuador, y se pegó a él. Y con él hizo, cuando Franco estaba distante, la embestida a Irún y la campaña de Guipúzcoa y Vizcaya. El apego del carlista a Mola se hizo más íntimo y entrañable al perder el general su vida, como don Tomás, en el comienzo del asedio a Bilbao. La publicidad de los hombres aupaba a Franco; pero el dedo de Dios, que un buen carlista cree reconocer a la primera mirada apuntalaba a Mola. Sin caudillo propio, los boinas rojas continuaron sin creer en Franco. Por otros caminos, los falangistas del llamado período heroico, no aceptaron en ningún momento servir a Franco. Intuitivamente se apartaron del general y esa intuición encontró más tarde confirmación en el testamento de José Antonio Primo de Rivera, documento al que la Falange concede un valor extraordinario. Documento en guardia contra el militar de formación y ambiciones conservadoras y burguesas y del que puede pasar como arquetipo el general Franco. En la víspera de su muerte, Primo de Rivera significó su incompatibilidad radical con todo proyecto militar. Llegó hasta discurrir una forma de conciliación a base

de un Gobierno de tipo nacional, en el que Franco no tenía cometido ninguno.

Para cancelar esa doble desestimación es para lo que se discurre la unificación de falangistas y tradicionalistas. El resultado de esta suma es conocido: disgusto profundo en las dos partes. Aumento de las fricciones, que, en varios casos, se encargan de dirimir las armas. Salamanca hace algo peor: intenta acoger a los jefes naturales de Falange, sustituyéndolos primero por una creación suya: Hedilla, e intentando más tarde su exterminio: episodio sangriento en una casa de la plaza salmanticense. ¿Quiénes discurrieron el crimen? El generalísimo está a cubierto de sospechas. Han podido ser todos sus colaboradores; él, no. Y quienes acuden a él reclamando justicia para los asesinos, íntimos de Hedilla, se encuentran con lo inesperado: la complicidad. Es en este momento cuando los últimos residuos de la estimación se pierden. El pedestal de papel impreso que le han hecho al general sus biógrafos de gabinete, comienza a apolillarse. Salamanca se torna para los falangistas una ciudad apóstata de la que necesitan guardarse. Les pelagra la vida y la libertad. Vuelven a lo clandestino y buscan amparo para su obra en Andalucía, donde Queipo de Llano, absolutamente desconectado de la autoridad de Salamanca, les garantiza respeto y simpatía. ¿Obtiene Salamanca, y más concretamente, Franco, una compensación a esta pérdida captándose el aprecio de los carlistas? No. Los tradicionalistas no son solubles. No aceptan descaracterizarse, y aun cuando en la nueva Falange se les disciernan puestos de preeminencia, encuentran preferible conservar sus cuadros y su fisonomía histórica. Lo suyo es Dios, Patria y Rey. Rechazan las nuevas formas: las alemanas, por protestantes; las romanas, por no proceder del Vaticano y nacer del César.

El caudillo no ha podido, ni con el consejo de italianos y alemanes, encontrar solución a su descrédito. Su rostro anda en las pantallas de los cines y en las páginas de los periódicos, pero ya sin misterio y sin emoción. Es la modestia. El espectador necesita levantarse de su butaca y extender el brazo. Las llamadas de atención, las multas y las detenciones lo han mecanizado y, en efecto, se levanta automáticamente al comparecer el caudillo en el telón. La fe se ha muerto entre ditirambos y jaculatorias. Acaso se arrodille en las naves de la catedral de Burgos alguna mujeruca para la que el caudillo siga siendo una esperanza; quizá exista alguna otra alma pueril que tenga depositada en Franco su admiración. Pero no hay más. Eso es todo. El propio general ha pateado el mito. Es Franco mismo quien ha roto el espejismo. Su desconceptuación ha sido más rápida que su exaltación. Le dejaron hacer y ha destruido lo que costó mucha tinta y mucha emulsión crear. Castilla lo ha medido y se ha encontrado con un militar sin talla, con carrera de favor y méritos de endoso. El proceso está en las últimas. El final dejaría de ser peligroso y ridículo para los rebeldes si dispusiesen de una pieza de recambio. Pero sin Mola, sin Goded y sin Sanjurjo, ¿dónde descubrir el sustituto? La temperatura de la España rebelde se enfría. La espada que los biógrafos de Franco suponían gemela de la que esgrimió la Doncella de Orleans, era de hojalata. Resplandeció al sol de verano y se ha doblado con la nieve del invierno.

FERMIN MENDIETA

(«La Vanguardia», Barcelona, 24-XII-37.)

La prensa facciosa del día 17, calificaba de "algarada" la victoriosa ofensiva del Ejército republicano sobre Teruel

Reproducimos a continuación algunos de los párrafos con que la prensa facciosa acogió — disimulándola a medias — la noticia del violento ataque desencadenado por las tropas leales en el frente de Levante. A través de estas líneas, escritas con el solo deseo de que no se transparente la verdad, queda patente y clara la insostenible situación en que se halló, desde los primeros momentos de la ofensiva gubernamental, la ciudad aragonesa recientemente conquistada para la República.

«Pues bien, sí, los rojos han tomado la iniciativa — dice el «A B C» de Sevilla del día 17. Y añade: «Han atacado ya, con lujo extraordinario de fuerzas, la asediada ciudad de Teruel. Una masa de hombres que no bajará de los 30.000 y una preparación de artillería inmensa, para lanzarse luego sobre los objetivos propuestos, el más importante de los cuales ya se comprenderá era dejar aislada totalmente la capital turolense.»

«Infiltraciones hubo anteayer en el frente de Teruel — dice «Sur», de Málaga, de la misma fecha —. Hablando más claramente, podemos decir que hubo una penetración suave entre posiciones españolas. No nos tienen que extrañar estas aventuras rojas.»

«Desde hace cuarenta y ocho horas — leemos en «Fe», de Sevilla, también del día 17 —, la pausa se ha roto por iniciativa de los rojos. El frente elegido para la algarada ha sido el de Teruel, sólido por la naturaleza y por la ciencia de nuestros ingenieros, que han convertido la capital y las posiciones del Bajo Aragón en un reducto de imposible expugnación.»

Pese a su fortificada red de defensas, la capital aragonesa ha presenciado la derrota de las huestes del «generalísimo». El clima, cuya dureza hace reconocer a los facciosos la imposibilidad de emprender movimientos bélicos de conjunto, no ha sido tampoco factor que haya logrado impedir el avance del ejército popular.

«El frío — reconocía el «A B C» mencionado — arrecia en todos los sectores del frente aragonés: nieva en los altos, y en las demás zonas cae agua helada, acompañada de viento fuerte, que hace imposible la lucha. Un día tan crudo de invierno parece imposible para combatir; pero los rojos, dolidos por su espantosa derrota de ayer, han querido no perder día, insistiendo en sus ataques sobre el mismo sector de Teruel, no vacilando ante el gran consumo de hombres que esta aventura suponía, y desarrollaron con toda clase de elementos nuevas movilizaciones ofensivas, logrando infiltrarse algunos grupos en la carretera de Teruel.»

«Lástima que en Aragón como en Madrid persista el temporal de nieve — añade «Sur». «El, solo permite actividades guerreras a las llamadas fuerzas ligeras. Pero día llegará en que luzca el sol. Y entonces... Bueno, entonces tendremos que hablar mucho. Con un poco de paciencia vamos a esperar.»

Vamos a esperar.

En Alemania

Himmler suspende su propio periódico

Berlín.—El día 2 de diciembre, Himmler se vió obligado a suspender su propio periódico: «Schwarzen Korps». Esto ya es bastante grotesco; pero lo que más nos ha satisfecho es que solamente John Hartfield y la prensa alemana antifascista del extranjero han tenido noticia del motivo de dicha prohibición. Ocurrió del modo siguiente: El número en cuestión dedicó una plana entera a hacer un resumen de las primeras páginas de los diversos diarios alemanes antifascistas que se publican en el extranjero, entre ellos el «Deutsche-Volkszeitung», con el título:

«El programa de Hitler: pan racionado y guerra». En el centro, había una fotografía de John Hartfield, que se publicó en el «Volkes-Illustrierten» de Praga. La foto representaba un esqueleto

humano sembrando svásticas. Encima del grabado se leía: «La siembra de la muerte», y debajo, «La cosecha de este sembrador es hambre, guerra y miseria».

A esto preguntaba el «Schwarzen Korps»:

«¿Quién se esconde detrás de esa máscara?» Y, con la mayor sorpresa, leímos la respuesta: «La verdad». Con intención o sin ella, el autor de la página puso el mismo título que el diario de Praga. Y claro es, Himmler tuvo que suspender la tirada del periódico y recoger los ejemplares distribuidos, todos los que pudo. No obstante, ha circulado por todas partes. La suspensión de un diario nazi demuestra lo fructífero que es el trabajo de los antifascistas germanos fuera de Alemania.

(«Deutsche-Volkszeitung», 19-XII-1937.)

El embajador inglés en España insistirá cerca de las "autoridades nacionalistas" para que sea juzgado inmediatamente el periodista Caddy

Londres, 22.—En la sesión celebrada esta tarde por la Cámara de los Comunes, el diputado laborista Henderson ha preguntado si, con motivo del reciente viaje del señor Delbos a varias capitales europeas, se entablarían nuevas conversaciones

entre los Gobiernos de París y Londres.

Eden ha contestado que no se había tomado ninguna medida sobre este particular.

Después Eden ha dicho que se había encargado al embajador en Hendaya que insistiera cerca de los rebeldes españoles para que juzguen, lo más pronto posible, al periodista inglés Caddy, que tienen detenido desde hace unas semanas, sin que hasta el momento le hayan hecho comparecer ante ningún tribunal.—Fabra.

NOTA INTERNACIONAL

Tesis conservadora que no conserva nada

Del debate en la Cámara de los Comunes sobre los problemas que apasionan actualmente a Inglaterra y al mundo entero se deducen dos conclusiones fundamentales: que la opinión política inglesa está tan profundamente dividida en las cuestiones exteriores que será bien difícil llegar a un acuerdo; y que el pensamiento del Gobierno inglés consiste en no actuar de un modo decisivo frente a las agresiones del imperialismo fascista, mientras no esté terminado el rearme.

La bandera de Inglaterra descansa principalmente en su unidad nacional. Jamás emprendió ese país un nuevo rumbo en política internacional que no tuviese la asistencia casi unánime del pueblo. Toda salida, comprobada a través de la historia, desde la revolución de Cromwell, expresa por sí misma la gravedad de los acontecimientos actuales. Parece ya imposible que se pongan de acuerdo conservadores y laboristas sobre el desenvolvimiento de la política exterior. Sus puntos de vista son absolutamente dispares. Ahora bien, Inglaterra posee en su espíritu de cohesión nacional energías tan formidables que siempre resuelve a tiempo sus propias contradicciones. Lo más probable es que esta vez no sean necesarias unas elecciones generales para cambiar de orientación política. A pesar de las manifestaciones un poco asombrosas de Mr. Chamberlain, que sólo ve posible frente a las audacias fascistas el conformismo o la guerra, parece próximo el momento en que la opinión británica, aun la que ahora se nos aparece más reaccionaria, se decida a volver por sus fueros nacionales y dé la voz de ¡Alto! a los agresores. Así lo dejan entender periódicos tan conservadores como «The Times», que con motivo de los incidentes del Yangtsé ha hecho resaltar la necesidad de acabar con los desmanes nipones.

Estuvo muy afortunado Mr. Attlee al establecer un paralelo entre el conflicto de Extremo Oriente y el conflicto español. También allí se enmascara la intervención fascista en un gobierno indígena que se presta a facilitar la invasión y a legalizarla. Lo mismo que en España actúan en China las potencias fascistas,

formando un bloque contra las democracias. Alemania e Italia hablan de la paz y proponen ciertas mediaciones; pero ayudan en realidad al Japón, al déspota amarillo, que ataca barcos ingleses y americanos y viola todos los convenios internacionales que regulan en China el régimen de concesiones. El eje Roma-Berlín-Tokio actúa por los dos extremos, atrayendo allá la atención de Inglaterra y Francia, mientras manobra en Africa y en el Mediterráneo para conseguir posiciones decisivas con vistas a un conflicto general. El fascismo es un enemigo temible porque ha escogido la táctica de las guerras parciales. Aparentando actuar aisladamente, tiene, sin embargo, trabada una alianza militar que tiende sobre todo a romper el equilibrio europeo, acabando con el «statu quo» en Asia, y a emprender un nuevo reparto del mundo.

La tesis del primer ministro inglés y aun la del desconcertante Mr. Eden es bastante desalentadora si se tiene en cuenta que no cree en la eficacia de una acción internacional por medio de la S. de N. ¿Es que hay conservadores en Inglaterra que dan la razón a Mussolini cuando sostiene la ineficacia de Ginebra? ¿O es que estos conservadores no están dispuestos a conservar la dignidad del Imperio inglés? El jefe laborista hacía muy bien en solicitar un acto de energía de las democracias a través de la institución ginebrina. Sería la única manera de establecer su autoridad y frustrar las baladronadas fascistas. Cuando los japoneses sepan que Inglaterra no piensa en aplicar sanciones por los incidentes del Yangtsé porque teme a la guerra, pensarán, en efecto, que ellos pueden actuar en China como les venga en gana y con absoluta impunidad. A veces los grandes hombres europeos resultan demasiado pequeños, podríamos decir parodiando a Clemenceau.

Los conservadores ingleses dicen que su política ha producido el apaciguamiento de Europa. Ya lo estamos viendo. Desde el famoso Comité de Londres las agresiones se han recrudecido. Y es que no hay nada que estimule tanto al agresor como la pusilanimidad del agredido.

LA JUSTICIA

El bien máspreciado de la democracia es la Justicia, aunque ello se olvide a menudo.

No hay justicia en los países de los dictadores. Allí, la Ley está supeditada al capricho del gobernante y de su camarilla. Generalmente no se juzga al acusado; pero cuando se celebra un juicio, no tiene acceso el público a la sala. El silencio envuelve a los presos tan pronto como traspasan las puertas de la cárcel. Sus amigos no vuelven a oír su voz, a menos que haga una «confesión» falsa.

Esto no constituye un ataque contra ningún país; es una defensa de la justicia tal como la conocemos en nuestro país, donde todo el mundo tiene derecho a ser juzgado.

La Justicia es más que la Libertad, pues, en realidad la Libertad se basa en la Justicia.

Para que haya libertad tiene que haber antes ley.

(«Daily Express», 20-XII-1937)

lados en mar y en universo sin consuelo.

¿Es insolencia o es demencia?

Fuera de aquí, aviadores fascistas. Somos hijos de España, su dolor es molido en nuestro pecho, su victoria será arco iris en nuestras almas. Llevamos como una flor enorme el orgullo de sentirnos españoles. Despreciamos vuestros ojos de buscadores de muerte, vuestra mirada de metralla ansiosa.

(Primero os aseguráis de que vuestras víctimas no están armadas y luego acometéis. Héroe de una epopeya de conejos en delirio. Despreciamos vuestras piernas de fuga, vuestras manos con ruido de chacales lejanos.)

Fuera de aquí, en nombre de nuestras madres y sus hermanas muertas, fuera de aquí, en nombre de nuestros hijos y sus hermanos muertos.

Fuera de aquí, en nombre de la cultura, en nombre de la dignidad de ser humanos.

Fuera de Chile, en nombre de los chilenos; fuera de América, en nombre de todos los americanos que sientan el honor de los más vastos horizontes y comprenden la voz de su profundo origen.

Fuera de aquí, extranjeros de nuestra tierra, extranjeros del mundo, extranjeros del hombre. Esto también es España.

Aquí está España, estará España mientras haya hombres cuyo pecho se agranda al sentir sus raíces. ¡España! Este nombre os aplasta, os revuelca en medio de la Historia.

Fuera de aquí. ¿Es insolencia o es demencia?

Os odio, os aborrezco, seres sin luz, os odio porque España es mía y yo soy de ella, porque sus niños están creciendo en mi garganta y son un gemido que se convierte en maldición. Os odio por todos los muertos que habéis echado en mis espaldas, os odio en nombre de mis muertos.

¡Corazones de estiércol, llorad si sois capaces todavía, llorad por esos piecillos que llenaban de gracia el mundo, llorad por esas pequeñas voces que corrían por el aire como globos azules, llorad por esas bocas de beso y leche, de fruta y flor, llorad por el entierro de la tierra, por el cielo enlutado, llorad por los árboles llorando, llorad por todas las madres que son una inmensa lágrima!

Id a ocultaros bajo la tierra, cavad vuestra tumba en un barro de escupos. No hay suficiente lápida para vosotros. Echaos encima los Andes y el Himalaya. No hay suficiente lápida para cubrir vuestra ignominia. Al fondo del planeta, en el último abismo de este astro desgraciado, porque vosotros lo habitáis, en el más profundo rincón, bajo siete océanos, hasta el último siglo oiréis la maldición del hombre.

Vicente HUIDOBRO

(«La Opinión», de Santiago de Chile, 18-X-1937.)

EN ITALIA

Roma, 18 de diciembre. — Las industrias de guerra se hallan en plena actividad. La campaña de Etiopía y las amenazas de conflicto europeo que entonces se produjeron dieron lugar a que se intensificara la producción. Después, la campaña de España hizo aumentar los pedidos de material bélico. En construcciones navales, Italia trabaja no sólo para ejecutar su propio programa, sino también para el extranjero.

Acaba de entregar tres submarinos al Brasil y se prepara a entregar un crucero a la U. R. S. S., a pesar del pacto anticomunista. Se construyen varios barcos para Siam. Otros fueron ya enviados a Polonia.

Los submarinos brasileños sirvieron para pagar las importaciones de café solicitadas por Italia. En lo que concierne a la aviación, se realiza un esfuerzo constante de venta del material italiano al extranjero. La comisión de especialistas aeronáuticos italianos que se hallaba en China y por intermedio de la cual se facilitaban aviones italianos a Chang-Kai-Chek fué llamada a Roma. Las cuarenta personas que la componían no embarcaron, sin embargo, hasta el 24 de noviembre para regresar a Europa.

El agregado aeronáutico de la Embajada del Japón en Roma visitó, hace poco, los principales talleres de construcciones del Norte de Italia. Lo mismo hizo el ministro rumano de Marina y Aire, el cual vino el mes pasado, en viaje oficial, y confirmó y completó los pedidos hechos por su gobierno a Italia.

También forman parte de esta política de venta la presencia de una escuadrilla de acrobacia aérea en América del Sur y los preparativos para establecer una línea regular entre Italia y La Argentina. Por todas esas razones, la producción siderúrgica italiana conserva una gran actividad. La producción mensual de acero llegó a su máximo en abril último: 43.228 toneladas. Ordinariamente es de 35.000 a 38.000 toneladas.

La producción anual, que fué de 395.633 toneladas en 1934, aumentó, en 1935, a 513.000 toneladas, y el año pasado se elevó a 432.000 toneladas. En cuanto a la fundición, la producción mensual máxima se registró, según las últimas estadísticas en septiembre, con 9.959 toneladas. La cifra de 9.000 toneladas fué alcanzada a principios de 1936, pero luego cayó verticalmente hasta 11 toneladas en enero de 1937 y a 34 en febrero, por falta de materias primas.

La curva volvió a subir rápidamente; la producción anual no cesa de crecer. En 1933 fué de 18.743 toneladas, en 1934 de 39.914, en 1935 de 45.000. Este año la cifra será aún mayor.

(«La Dépêche», 14-XII-1937.)

¡FUERA DE AQUI!

Imprecación a los aviadores italianos en paseo comercial por Sud América

¿Qué buscáis en esta tierra, aviadores fascistas?

Fantasmas de la muerte que habéis falsificado vuestra Italia.

¿La cuna de piel tibia que os ofreció la vida?

¿Qué buscáis en esta tierra, os pregunto, criminales sangrientos, asesinos de españoles?

¿Vuestro paseo por América, es insolencia o es demencia?

Salid de nuestras tierras, salid de estas montañas limpias que saben hablar con las estrellas.

Fuera de Chile, fuera de América, asesinos, corazones podridos.

No vengáis a manchar nuestros paisajes con el olor a sangre que despiden vuestras manos.

Sangre de niños españoles, sangre de España, sangre nuestra que nosotros besamos, que nosotros amamos y bendecimos.

Sangre que se prolonga en nuestras venas, sangre que viene de nuestras madres y va a nuestros hijos.

Sangre sublime que crea continentes, sangre de España, sangre de madre inagotable, sangre que nosotros adoramos de rodillas.

Fuera, fuera de aquí.

¿Es insolencia o es demencia?

Comerciantes de la muerte, animales geológicos de nocturno aullido, mi tierra no es burdel ni es una caverna, ni la deseamos un cementerio.

Fuera de aquí, pájaros de mal agüero, aves de rapiña que hasta el cielo ponéis hediondo.

Valientes frente a niños que lloran y mujeres indefensas, héroes frente a pueblos sin armas. Sois el vértigo de la fuga apenas

un árbol se equivoca y hace ruido de bombarda.

Sois una ofensa a la auténtica Italia, sois la deshonra del hombre, la negación del tiempo transcurrido, sois la vuelta al dolmen, al mono de las tinieblas, a la bestia en acecho.

Fuera de nuestras tierras sagradas hoy por ser hijos de España.

¿Es insolencia o es demencia?

Nuestros pueblos os maldicen porque llegáis chorreando sangre de niños y madres que viven en nuestros pechos.

Levantaos, pueblos de América, y expulsad a los siniestros buhos de la tribu difunta.

No humillaréis nuestros ríos, que cantan a España con su misma lengua, con un acento un poco más montañoso. No humillaréis nuestras selvas que son una alabanza trémula a su historia.

No ensuciaréis los vientos de América. No injuriaréis nuestros paisajes coloreados por el sol.

Al fondo de vuestros ojos hay pequeñas vísceras destrozadas, carne de pétalos llenos de promesas, piecitos cortados que apenas ensayaban andar sobre la tierra, hay manitas que aplaudían al sol en las mañanas, hay bocas en la horrible mueca final anticipada por vuestros heroicos aviones, bocas entre dos hilos de sangre cuyo recuerdo se levantará ante vosotros el día de vuestra muerte, hay labios de beso y leche que sólo sabían decir madre y no alcanzaron siquiera a llamar a sus padres, labios que iban a cantar la vida, cuando vosotros, los tremendos valientes, cortasteis a la vida.

Aguiluchos de nubes sanguinarias.

Subían por el cielo a enlodar el cielo, a poner fétido el aire con su aliento de sepulcros y caballos desenterrados.

Pasaban sobre ciudades indefensas y sembraban la muerte en la inocencia y en las casas hinchadas, y dejaban las paredes gimiendo y un mar de miembros aprendices saltando en olas desesperadas.

¿Por qué? ¿por qué? ¿por qué? gritaban las madres, girando enloquecidas en torno a su dolor. ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Quién os mandaba allí, con qué derecho metíais vuestra infamia en esas tierras pletóricas de verdaderos heroísmos, de verdaderas epopeyas?

¿Qué envidia impulsaba vuestros motores trágicos y vuestras almas oscuras?

¿Quién os metía allí, peleles miserables, teatro de calaveras espantadas de sus sombras, corazones arrugados, piernas eléctricas de fuga?

Y ahora, ¿quién os manda aquí?

Decid al gran pelele, vuestro jefe, vuestro grotesco duce, que puede tomar actitudes napoleónicas frente a todos los espejos, imitar a los césares en tarjetas postales, no impedirá que oigamos crujir el proscenio bajo sus plantas.

Fuera de aquí los monstruos, fuera con la sangre chorreando de las manos, con las orejas llenas de alaridos infantiles ascendiendo y el clamor de millones de gargantas maternas, ese clamor que dejará temblando las noches de la tierra, y los gemidos muti-